

• En el mercado •

Un señor estaba preguntando, en una parada del mercado, si le permitían regalarles una rosa.

—Yo sí —contesté; pero el hombre no me dio la rosa.

«No importa, no me ha oído», pensé. Entonces me uní a las personas que iban con él, y le seguí en su caminar. Se dirigió a otro puesto del mercado:

—Señora, ¿quiere usted una rosa?

La señora prestaba más atención al cliente que despachaba que a él y pensé: «pobre, le hace un feo». Y le dije:

—Yo sí, quiero.

Y tampoco me dio la rosa; no por culpa suya, no. Yo creo que fue porque un hombre, alto y robusto, que le acompañaba mezclado con los parroquianos amigos —los mismos que salieron con él del coche cuando llegó, más los que se habían ido añadiendo al pasar—, agarró mi brazo extendido con la mano abierta para recoger la rosa y, antes de que él me oyera decir: ‘Yo sí, quiero’, o aguardar a que me viera en actitud de recoger la rosa, me retiró un poquito hacia atrás, sin mirarme. Solo miraba

a los más altos, sonreía a los más altos, buscaba la atención de las mismas personas que miraba el señor Repartidor de Rosas. «No importa», pensé de nuevo, «sigo aquí, ya me verá». Y él continuaba hablando con unos y con otros, ofreciendo rosas por el pasillo, en la frutería, en la pescadería. La señora charcutera le prestó mucha atención, recogió la rosa muy contenta y, con una gran sonrisa, le dijo:

—*Tingui, home, una butifarra ben bona**, para que vea que los tenderos del mercado, sabemos estar a la altura.

El señor Repartidor y todos los que habían llegado con él también reían y se miraban. Recogió el envoltorio y se lo dio a la secretaria que se movía a su derecha con unas carpetas. Luego, fue al bar del mercado. Allí había gente de los pueblos, desayunando. Entró y se presentó con su grupo de parroquianos venidos con él en el coche, más los que se habían ido adhiriendo al pasar, y lo volvió a decir:

—¿Quiere que le dé una rosa?

—Yo sí, quiero —le dije.

Tampoco me oyó, pero me vio en una pantallita que un reportero de televisión tenía allí, a su lado, justo a su lado, y me estaba enfocando por casualidad, porque el reportero no me conocía, no me miraba, no miraba a

* *En catalán, «FER BOTIFARRA» equivale a hacerle a alguien un corte de manga. La tendera evita el gesto regalándole el producto.*

nadie, parecía distraído mirando a cualquier parte y la cámara me eligió a mí, así porque sí, solamente porque sí. ¿Por qué iba a elegirme si no, si a mí no me daba una rosa? El hombre alto y robusto hizo el ademán de retirarme hacia atrás, pero al verme en la pantallita, debió de confundirme con alguien que le caía bien, porque se detuvo en seco y me permitió seguir allí, entre los amigos del Repartidor de Rosas y los parroquianos que se le habían ido adhiriendo al pasar. El señor Repartidor de Rosas, al verme, dio gracias a los adelantos tecnológicos que permiten descubrir a los más menudos, camuflados o, a veces, ocultos por los más corpulentos, y puede dar la impresión de no tenerlos en cuenta, cuando no es así. Me dio la mano —una mano suave, no como la mía—, me hizo un hueco a su lado y, al estar junto a mí, la cámara también le enfocó, y se nos veía a los dos en la televisión. Se dirigió a la cámara y a los que estaban allí, y me puso de ejemplo de persona trabajadora; «¿Cómo lo sabrá», pensé, «si no me ha visto hasta que la cámara me ha elegido?».

—No hay más que verle las manos —dijo.

Cogió mi mano y la mostró para que se vieran los callos y alguna grieta que tenía en la palma. Me dio un poco de vergüenza, pero no importaba, porque iba a darme una rosa. Después, el reportero se fue con la tecnología moderna que permite ver a los más menudos, porque tenía que salir en las noticias, y el señor Repartidor

de Rosas se despidió del grupo de parroquianos que se le habían ido adhiriendo al pasar, chocando la mano de los clientes, más la del señor del bar —los que habían llegado con él le seguían—. «Olvidó darme una rosa», pensé otra vez. «Quizá tenía prisa y no reparó en ello».

—¿Qué? Te has quedado sin rosa, ¿eh? —me dijo el camarero—. Anda, toma, te voy a dar una de mi florero.

—Gracias, hombre, no se la desprecio —le contesté—. Yo ya tengo una rosa que, junto a la que usted me da, llenarán más mi jarrón. Pero la rosa que yo tengo y la rosa que usted me da, son rosas de las que pinchan las manos; las rosas que él puede darme, casi no tienen espinas.

—No las esperes, mujer —me advirtió el camarero—. Las rosas que él reparte son rosas de terciopelo. Rosas de fino aroma para manos delicadas y solapas perfumadas. Rosas, en fin, que se marchitan en las manos agrietadas.

—Yo soy capaz de cuidarlas —le dije al camarero, con un hilo de voz que casi no podía oírme—. Si él me diera una rosa delicada, mis manos perderían durezas, se me cicatrizarían las grietas, yo estaría más alegre y la rosa, con mis cuidados, luciría fresca y lozana. Seguiré buscando. Algún día tendré suerte y me alargará una rosa de terciopelo, una rosa sin espinas, una rosa más fácil de cuidar, una rosa que lucirá más que las que ahora tengo.

• En el Centro de Pensionistas •

Se para la música. Se interrumpen las partidas. Entra el señor Repartidor de Rosas.

—No, no, que no se interrumpa nada —dijo—. Permítanme ustedes ir por las mesas viendo lo que hacen.

Los amigos que entraron con él sonrieron, al tiempo que cada uno de ellos, iba girando la cabeza, hasta mirar a casi todas las mesas. Y hacían gestos afirmativos, para que los habituales del centro entendieran que debían seguir con lo suyo.

—¿Me permiten que les dé una rosa?

—Pues, sí, claro.

—¿Y usted, señora?

La señora seguía concentrada, con diez cartas en la mano formando un abanico abierto. No le contestó, era algo sorda, según dijeron. Los amigos del señor Repartidor de Rosas, más otras personas que se habían añadido al grupo, se fijaron y no apartaban la mirada de ella: todos los ojos dirigidos hacia allí. Él volvió a preguntarle:

—Señora, ¿quiere usted una rosa?

Como la señora no respondía, le dije:

—Yo sí, quiero.

Pero no me la dio. «No importa», pensé. «No me ha oído. Debe ser por el murmullo». Entonces se acercó a otra mesa:

—Tenga, señora, una rosa, otra para usted.

—Permítame dársela yo al caballero —dijo una dama muy elegante, de las del grupo de amigos que entraron con él.

Yo extendí el brazo, con la mano abierta, para que me diera una rosa lo mismo que a los demás. Pero no me vio, no me oyó decir que sí, que yo quería una rosa.

—¿Cómo va la partida por aquí? —dijo en otra mesa hablando con los jugadores, y les dejó a cada uno una rosa.

Me uní al grupo de amigos que llegaron con él, más los que se habían ido añadiendo al pasar, solo que todo el grupo caminaba con los pasos acompasados y yo no sabía caminar así. Me dirigí a él y le dije:

—Señor Repartidor, yo sí quiero una rosa.

Pero no me oyó. Intenté llegar hasta él por entre el grupo de los pasos estudiados, pero nadie se ladeaba unos centímetros, impidiendo así mis pasos intrusos entre los suyos estudiados, e impidiendo al señor Repartidor de Rosas oírme decir: 'yo sí, quiero'. En la mesa de la Junta estaba la señora Presidenta, quien le puso al corriente de las actividades del Centro. Él asentía interesado, y también el grupo de amigos que le acompañaban.

—¡Que suene la música! —dijo la señora Presidenta.

Desde el bar empezaron a salir las notas de un pasodoble, *El Gato Montés*, dijeron. La señora Presidenta se puso una rosa en el pelo, cogió otra, se la puso en el ojal al señor Repartidor de Rosas y le invitó a bailar. Bailaron en medio de aplausos y admiración, tanto de los habituales del Centro como de los amigos que le acompañaban en la visita, más los vecinos que se habían ido añadiendo al pasar. Cuando paró la música, la señora Presidenta dijo:

—Esto se lo debemos a ella —señaló con el brazo en dirección a mí.

En aquel momento, sus amigos se apartaron un paso facilitando un estrecho pasillo por donde podía verme. Y todos me miraron y seguían atentamente las preguntas del señor Repartidor de Rosas, como si yo fuera importante. La señora presidenta le dijo que, dos veces por semana, yo enseñaba rumbas a un grupo y sevillanas a otro, y qué sé yo cuántas cosas más le comentó. Al oírla parecía que todos me querían mucho, tanto los habituales del Centro como sus familias. Entonces, el señor Repartidor de Rosas se abrió paso entre el grupo que le acompañaba y se acercó a mí.

—¡Qué interesante! —me dijo—. Hace usted una labor buenísima.

Luego quiso saber quién era yo o qué cargo tenía, porque mi cara no le era extraña.

—No, mire, no tengo cargo, yo soy... una del pueblo —le contesté.

—Pues, señora Una del Pueblo, estoy encantado con sus iniciativas. Cosas como esta son las que impulso desde mi despacho.

Siguió hablando varios minutos. Hasta me ofreció halagos por mi dedicación. Mientras charlaba conmigo, gente del grupo de sus amigos que le acompañaba le sacaban fotos a mi lado. Luego dijo que también quería una con la señora Presidenta del Centro y con todo el grupo. Antes de que empezaran a posar, le pregunté si le quedaba una rosa, porque le quedaban, yo las veía. Pero no me oyó. El fotógrafo había empezado a organizar el grupo, y él ya había dejado de prestarme atención: se concentraba en la foto de familia, y la señora Presidenta me hacía señas para que fuera a ponerme a su lado y con la Junta, y los pensionistas, desde las mesas, aplaudían y me animaban a posar en la foto con las personas importantes:

—Tú también, mujer, tú también. Venga, ponte delante, que se te vea.

Los pensionistas —que ya tenían la rosa— no se dieron cuenta de que yo no formaba parte de su grupo, de que yo no tenía la alegría de la rosa, porque cuando me tocaba el turno y alargaba la mano, el señor Repartidor miraba a otro lado y me dejaba fuera del grupo digno de su atención aquel día.

EL REPARTIDOR DE ROSAS

Se acabó la jornada y sigo sin la rosa del Repartidor, pero lo seguiré intentando; algún día se percatará y me incluirá en el grupo de los que tienen una rosa.

Una rosa sin espinas, de las que él da.